

ciones generales, precisamente en las localidades en que el movimiento obrero es más intenso, demuestra que los obreros van abandonando el lastre político y encauzando su actuación hacia el ideal redentor, y no sería cosa difícil, que dada la extensión del movimiento revolucionario hasta en los países en guerra, le sería muy difícil a la tiranía mundial ahogar la revolución rusa, porque tendrían que emplear sus fuerzas en contener las rebeliones del interior.

El «gran peligro», pues, existe y se ensancha, porque el pueblo trabajador, completamente identificado con sus hermanos rusos, ha soltado las amarras que le suje-

taban a los falsos redentores, cambia sus medios de lucha y se lanza decididamente a la conquista de la tierra para los que trabajan, y de las herramientas de trabajo para los productores de todas las riquezas; se lanza, en suma, a la conquista del patrimonio universal, al triunfo de la justicia.

Y cuando un pueblo adquiere la convicción de que sólo en sus propias fuerzas ha de confiar para obtener su emancipación, el pueblo lucha, se impone, triunfa y cumple sus fines sociales, que son: garantizar la vida, la paz, el alimento y la inteligencia de todos sus miembros.

RIOJA

Publicamos a continuación un magnífico artículo de Luis Bonafoux. Vale la pena hacer algunos comentarios acerca de él.

A raíz de los sucesos de Agosto, todos los periodistas sin voluntad y sin independencia de juicios, publicaron artículos de combate y de crítica al proletariado. Alguno llegó hasta el extremo de arrojar injurias sobre los que habían tenido el gesto altivo de sublevarse.

Como la grandeza del adversario se mide por su significación moral, nadie les hizo caso. Eran muy pequeños. No merecían tenerse en cuenta.

Pero he aquí que el escritor Zozaya en *El Liberal*, de Madrid, también hizo algunos artículos de crítica y de combate a los rebeldes.

Nos dolió de él aquella actitud, por inesperada. El pasado de Zozaya no dejaba lugar a éstos artículos en contra de los que siempre había defendido y algunas veces alentado.

En estas mismas columnas se contestó a Zozaya, en un artículo lógico, irrefutable, recordándole que no tenía derecho él para decir mal de Kropotkine, que había sido un maestro de ideas y de bondad.

Los compañeros que redactan *La Obra* en Buenos Aires, también extrañados de la posición en que Zozaya se colocaba, hubieron de recordarle sus escritos de ayer... en los cuales se respiraba un puro libertarismo, como dice Bonafoux.

Bonafoux, haciéndose eco de lo dicho en *La Obra*, dedicó a Zozaya unas bien hechas cuartillas, doliéndose también de que el cronista de *El Liberal* hubiera olvidado gran parte de su obra pasada, dada la cual no podía colocarse al lado de los victimarios y frente a las víctimas.

En el mismo *Heraldo de Madrid* contestó Zozaya con el artículo a que alude Bonafoux en éste, que transcribimos del mismo diario madrileño.

Como dice muy bien el gran cronista del *Heraldo*, Zozaya no ha desvirtuado en nada las afirmaciones hechas antes por él, con motivo a la cuestión que se debate.

A un párrafo del artículo de Zozaya, en el cual hacía resaltar que unos desconocidos pretendían darle lecciones acerca de la cuestión social, contesta Bonafoux, con gran acierto, presentándolos.

Sin duda alguna, este artículo, del que se desprende una gran sinceridad, y que señala una vez más la alta independencia de Bonafoux, logrará modificar algunas de las apreciaciones de Zozaya; apreciaciones de ahora, que estaban en contradicción con toda la labor intelectual hecha por él en otro tiempo.

## Obras son amores

Para H. Zozaya

Distiguado compañero en la Prensa y en el *Heraldo*.

Tengo el gusto de presentarle a los señores:

Antill, intelectual, publicista, redactor de *La Obra* bonaerense, recién salido de la cárcel, donde estuvo tres años por defender sus ideas y sus sentimientos en la «República» Argentina. (Buena persona.)

González Pacheco, intelectual, universitario, redactor de *La Obra* bonaerense, ex presidiario del pavoroso y torturador ergástulo de Ushuaia, donde estuvo largo tiempo por defender sus ideas y sus sentimientos en la «República» Argentina. (Buena persona.)

Así presentados estos escritores, verá usted, amigo Zozaya, si tienen la debida preparación sobre la cuestión social.

Allá usted con dichos compañeros.

Ahora va lo mío.

Pero antes un sucedido.

Mi adolescencia fué fervorosa de Castelar (orador, se entiende). Recién llegado yo de América (bello país!) a Madrid, faltóme tiempo para conseguir de un tío mío—diputado abolicionista que, juntamente con el señor Labra, se había propuesto convencer al Congreso de que un negro cimarrón era igual que un blanco caucásico—una entrada a dicho palenque donde celebrábase a la sazón grandes y pequeños torneos oratorios entre Castelar y Cánovas del Castillo, parecidos a los que celebraron más tarde Jaurés y Clemenceau. Yo no recuerdo bien de qué discurrir aquel día; pero sí recuerdo que Castelar, en un párrafo-mosaico que ni de encargo, habló preciosamente de los trinos del jilguero en la enramada.

—¿Qué te ha parecido don Emilio?—dijome mi tío al día siguiente.

—El golpe del jilguero en la enramada me pareció de primera; pero sin llegar a convencerme de que Castelar tuviese razón contra Cánovas.

La disertación de usted, amigo Zozaya, sobre el individualismo abstracto, la teoría del Estado, el «Self-governement», etc., etcétera, con ilustradas citas de Tolstoi, Destolewski, Tourgueneff, Reclus, Gorki, Proudhon, Kropotkine, Kant, Rousseau y Reclus, Spencer, Krause, Abreus, Giner, Hegel, Lilienfeld, Carus, Häezke, Jeger, Renan, Schæffle, Taparelli, Spinas, Conte, Littré, Marx, Aristóteles, Trendelemburg y Bonafoux; esa disertación, repito, no ha demostrado más que una cosa que todos los lectores españoles tenemos el deber de saber, y nos lo sabemos de memoria: que tiene usted una pluma muy brillante y una erudición muy galana.

Peró bajando de la enramada el jilguero, resulta que usted no ha rectificado ni pizca las dos afirmaciones substanciales de mi artículo, al contestarme con uno que estaría muy en su puesto si yo me hubiera propasado a gratificarle con los dictados de individualista y anarquista (¡por Dios, Zozaya!) Muy lejos de ello, siempre tuve a usted por republicano de una «república aristocrática», a que usted alude: república capitalista, militarista e imperialista, que yo tengo por menos republicana que la monarquía de Jorge V o la de Alfonso XIII. «El Terror del 93», según recuerda usted—entre otros terrores que pudiéramos recordar—, fué un mal, indudablemente, como lo son, al principio, todos los desahogos del pueblo; pero a semejanza de ciertas enfermedades físicas de la adolescencia, que parece que van a aniquilar al paciente y luego le hacen crecer y engordar.

Pero volvamos a lo mío.

Yo dije a usted:

1.º Que en buena lógica no podía usted, por su piadoso altruismo, alistarse en ninguno de los bandos contendientes en el conflicto mundial, y a eso no me contesta usted, pero ya me doy por contestado.

2.º Que en casi todos los periódicos de España se ha dado, con lastimosa frecuencia, el caso de que pidan el más implacable castigo, para quien puso una bomba de represalia, los mismos periodistas que excitaron a ponerla; de que condenen un movimiento huelguista los que alentaron y fomentaron la huelga; de que maldigan del reparto social los que ensalzaron líricamente las famosas doctrinas de Proudhon sobre la propiedad. Y a eso me contesta usted con un trino de jilguero en la enramada; y como no discuto con usted por darme el postín de discutir con el literato Zozaya, sino que estoy hablando sinceramente con el amigo y compañero Zozaya, yo le digo:

El conjunto de los más de los artículos suyos, el tuétano de los mismos y la atmósfera que de ellos se desprende es de puro libertarismo, de iconoclasta, piadoso si se quiere, pero iconoclasta al fin.

En cuanto a otros escritores que no debo nombrar, oiga usted un caso, entre ciento:

Haciase en aquel tiempo una campaña homicida contra don Antonio Cánovas en muchos periódicos de Madrid y provincias. Del periódico, la campaña pasó a la tribuna; de España, al extranjero, y Angiolillo mató a Cánovas... Entonces ocurrió que aquellos mismos escritores, periodistas y oradores, que con la pluma y la palabra atentaron contra la vida de don Antonio Cánovas, se arrancaron puñados de pelos—los que no eran calvos—de sentimiento por la muerte de don Antonio, y clamaron por las penas del infierno para el matador.

Hubo una excepción: este cura... echando un responso en el altar del *Heraldo*.

Ha habido otra excepción en el mundo: la República del Uruguay, absolviendo, honrando y premiando con un destino a Arredondo, ejecutor de un presidente universalmente detestado, y denunciado como réprobo por la prensa.

Peró el caso general es el mismo de un publicista francés (reaccionario, pero sentimental) que, justamente indignado contra «boulevardiers» «desequilibrados»—dice él—que corrieron «juergas» en las bodegas de Montmartre durante el primer «raid» de Gotha a París, escribió:

«Por muy odioso que sea el ataque de los Gothas yo no lo habría recriminado si un proyectil inteligente hubiera acribillado a esta rica canalla.»

¡Ah! Pero si un «desequilibrado» del pueblo hubiese «reventado» a un «boulevardier» de la rica canalla, el publicista, todo medroso e indignado, escribiría al canto:

—¡Hombre! Eso es un horror, un asesinato que pide un castigo ¡ejemplar. Verdad es que yo dije que... que yo escribí que... que yo entendí que...; pero esos son modos de decir que no hay que tomar al pie de la letra.

... Y sin entrarme más «en el fondo de la cuestión», amigo y compañero muy estimado, hago punto final; que ni usted querría que yo le diese lata, ni menos aun que me metieran en chirona, impidiéndome una excursión a esos Madriles de mis entretelas, donde tenemos que celebrar dos banquetes de admiración:

Un banquete de admiración que yo le daré a usted, y un banquete de admiración que usted me dará a mí.

LUIS BONAFOUX

## PREPARÉMONOS

Cree generalmente muchísima gente, y no pocos revolucionarios por añadidura, que hay que esperar el período de Revolución para desembarazar a la sociedad de sus múltiples vicios orgánicos que actualmente le afectan, y que interin no puede efectuarse la Revolución violenta, hay que dejarse llevar por la corriente, so pretexto de que el ambiente, actualmente nocivo, es más fuerte que la voluntad individual y que ésta se vería anulada por completo si tratara de modificarlo.

El error consiste en que a fuerza de predicar uno y otro día la Revolución, se ha hecho gradualmente de esta palabra, en el cerebro de los que poco alcanzan su trascendencia inmediata y lejana y no pueden precisar claramente todo su real valor, una especie de hechura muy semejante al Dios de los antiguos judíos, que con su simple advenimiento a la tierra debía libertarles de todas las esclavitudes y miserias.

Olvidan los que así creen, que la Revolución es solamente una palabra cuando se fia a ella sola la cura de todos los males, cual si fuera un médico experto, y previamente no se ha efectuado una transformación en los cerebros y en las costumbres.

Ciertamente que sólo durante el período revolucionario violento podrán borrarse muchos de los obstáculos insuperables que hoy cierran el paso a las aspiraciones generosas de libertad y de justicia. Pero hay otros muchos obstáculos que no son tan insuperables y que no es necesario en absoluto esperar el período revolucionario para hacerlos desaparecer.

El período de la Revolución violenta podrá anular la fuerza material que hoy está al servicio de una clase privilegiada y permitir a los revolucionarios conscientes organizar libremente la nueva sociedad sobre bases más equitativas. Pero si antes del período revolucionario no se han borrado en parte del cerebro de las masas muchos prejuicios religiosos y políticos, y aun económicos, que son los que mantienen actualmente en la inercia a esas supodichas masas, los revolucionarios corren el riesgo de hallarlas, después de la Revolución, tan ignoradas y viciadas como antes, y, por tal, propensas a dejarse sugestionar por los reaccionarios.

¿Qué fuerza podría oponer la minoría revolucionaria consciente a esta fuerza inconsciente de la gran masa sugestionada, si el caso, —y no sería el primero—suciedera? Absolutamente ninguna. La fuerza de la corriente poderosa con todos sus generosos esfuerzos.

Se me dirá que la gran masa hallará un interés inmediato en el cambio realizado, que verá las inmediatas ventajas y no será tan tonta de dejarse despojar de nuevo. Esto sucedería en el caso de que al día siguiente de la Revolución pudiera realizarse inmediatamente la transformación total de la sociedad en pocos días, y la masa no tuviera que dejar transcurrir el período de tiempo necesario para la reorganización de la sociedad, en cuyo campó de espera se calman todos los entusiasmos y surgen de nuevo todas las antiguas inercias, todos los antiguos hábitos, todas esas costumbres varias arraigadísimas y que no desaparecen en virtud del corto tiempo de lucha material, precisamente porque tienen fuerza de herencia y de hábitos adquiridos; herencias y hábitos que sólo nuevos hábitos, sólo la práctica de nuevas costumbres pueden anular.

Sucede esto en pequeña escala en la actualidad. Surge una iniciativa útil y benéfica, despierta el interés y el entusiasmo de una pequeña colectividad que se agrupa en torno de la naciente iniciativa; efectúanse los trabajos preliminares, y como toda empresa halla obstáculos, a medida que estos surgen y el tiempo pasa, el entusiasmo de la pequeña colectividad se va calmando gradualmente, decrece cada día el número de los agrupados, según el grado de entusiasmo y de inteligencia, y poquito a poco sólo queda para llevarla a la práctica un reducidísimo número de individuos, cuya convicción profundamente arraigada les hace luchar unos cuantos días, y al fin y al cabo, no desilusionados, pero sí aislados, tienen que abandonar por completo ante el abandono gradual de todos aquellos entusiasmos faltos de convicción y claridad y desprovistos del tesón necesario, de la necesaria fuerza de voluntad, única que lleva a remate las más arduas empresas.

¡Y cuántas iniciativas por el estilo no hemos visto fracasar ya!

Es, pues, un peligro real, flar únicamente al período de Revolución, lleno de entusiasmos, el logro de todas nuestras aspiraciones. Es un peligro creer en el poder misterioso de una Revolución, sin antes no haber revolucionado el máximo posible de cerebros de la colectividad que ha de efectuarla; si previamente esta colectividad no ha adquirido ya un pequeño número de hábitos y de costumbres que ofrezca una segura base sólida sobre la cual fundar toda la reorganización de la sociedad futura.

Un entusiasmado—hablamos en términos generales—no es siempre un convencido, puede ser un intuitivo con muchas aspiraciones vagas, pero también lleno de muchos prejuicios que pueden contrarrestar aquellas aspiraciones.

La Revolución debe ser, pues,—en el máximo posible en cada cerebro—la obra de la convicción, del propósito deliberado y maduramente definido; la obra de una colectividad que de antemano se haya habituado, en parte, en la práctica de todo aquel ideal que quiere realizar, que en el hogar y en las costumbres ha realizado, mínima parte que sea, dicho ideal, y que sólo acepta el momento de hacer la Revolución para barrer los últimos obstáculos materiales que sólo la fuerza colectiva puede anular totalmente.

No nos habituemos, pues, a esperar confiados el día de la Revolución para cambiarlo todo. Habituémonos a la idea de que hay que revolucionar antes nuestro cerebro, nuestras costumbres, nuestros hábitos, para que en su día la reorganización de la sociedad halle menos prejuicios obstaculizadores a su marcha progresiva hacia la justicia y la igualdad.

Instruyámonos el máximo posible que nos permita el malsano ambiente que nos rodea, y procuremos infiltrar en nuestro ser, en todos los actos de nuestra vida íntima, del hogar, del taller y social, la tendencia a realizar, a practicar aquello que hayamos aprendido, en su menor o mayor expresión posible, y al día siguiente de la Revolución violenta menos serán los obstáculos que nuestra misma ignorancia e inercia opondría a la transformación social.

Con esta práctica y el consiguiente hábito que iremos adquiriendo gradualmente, nuestras convicciones se irán también gradualmente arraigando, y más amplitud adquirirá nuestra mente con el funcionamiento constante de nuestro cerebro y de todas nuestras energías.

Sólo a este precio la Revolución tiene seguras garantías de éxito; sólo a este precio podemos esperar confiados (porque de hecho lo

esperaremos de nosotros mismos y no de la entidad Revolución, que no existe), el advenimiento de la Revolución nacida de los acontecimientos imprevistos y elaborada de antemano por nuestras convicciones. No se trata de aplazar la Revolución, sino de allanar el camino para que no encuentre obstáculos en nuestros cerebros.

J. PRAT

## Un mitin importante

Como anunciábamos en nuestro número anterior, el viernes por la noche, en el Cine Montaña, se celebró un importante mitin de afirmación anarquista.

Ante un público enorme, y con un lujo, enorme también, de fuerzas que rodeaban el local donde el mitin se celebraba, todos los compañeros que hicieron uso de la palabra se expresaron en términos enérgicos, de crítica a la actuación de los gobernantes; de combate a los médicos que han usado para acallar los gritos de hambre y de angustia del pueblo, de protesta a la anormal situación en que ha estado Barcelona largo tiempo, de razonamiento y de lógica para toda la avalancha de calumnias que se han lanzado sobre el proletariado organizado y sobre la actuación de los ácratas durante los últimos años.

Con sencillez y con energía, todos y cada uno de los compañeros que en el mitin tomaron parte, expresaron su convicción en el triunfo, más o menos lejano,

## INQUILINO

Juan Prolo es un minero inteligente y tan instruido como su oficio permite; es casado y padre de cuatro hijos. Cuando trabaja, su jornal apenas alcanza a satisfacer las más apremiantes necesidades de la familia; cuando no trabaja pasa grandes apuros.

En este último caso le hallamos; domina la crisis; los dueños de las minas no beben una botella de champaña menos, pero Juan Prolo y los suyos comen sopa de agua caliente y aceite crudo.

Llaman a la puerta. Entra el casero, y tras el saludo más frío y rutinario, anuncia que han pasado ocho días desde el vencimiento del alquiler y quiere cobrar.

A pesar de lo impropio de las circunstancias, ambos personajes sienten deseos de justificarse, y emprenden el siguiente diálogo:

—Necesito mi dinero, dice el casero.  
—Yo también, replica el inquilino.  
—He alquilado a usted mi casa y tengo el derecho de hacerme pagar.  
—Derecho muy discutible.  
—¿Cómo discutible?  
—Claro está. Vamos a ver: ¿con qué derecho posee usted esta casa y estas tierras?

—Por legado de mis padres.  
—¡Vaya una razón! ¿Con qué derecho las poseían sus padres?

—Las habían comprado.  
—Para comprarlas tendrían el dinero necesario: ¿con qué derecho lo poseían?

Además sería necesario demostrar que alguien tenía el derecho de venderlas. Racionalmente hablando, el derecho es personal, por lo que el producto de un robo no pierde su carácter de ilegitimidad al pasar de una mano a otra, de una generación a la siguiente. Desde ese punto de vista no es el derecho quien ha hecho a usted propietario, sino la casualidad. Veá usted lo que sobre este asunto dice Pascal:

«Decís que vuestras riquezas provienen de vuestros antepasados, pero ¿no las adquirieron y conservaron ellos por mil casualidades? ¿Imagináis acaso que esos bienes han pasado del poder de vuestros antepasados al nuestro por vía natural? No en manera alguna. Esa sucesión no tiene más fundamento que la voluntad de los legisladores quienes han podido tener buenas razones para establecer esa sucesión, pero ninguna está tomada del derecho natural que podáis tener sobre esas cosas. Si hubieran querido mandar que los bienes, después de haber sido poseídos por los padres durante su vida, volvieran a la república después de su muerte, no seríais propietarios ni tendríais motivos de queja.»

»Por tanto, el título que os da derecho a la posesión de vuestros bienes, no es natural, es de establecimiento humano.

»Un giro distinto de la imaginación de los que hicieron las leyes o hubiera dejado pobres. Sólo el choque de la casualidad con la fantasía de las leyes que os son favorables os ha dado la posesión de esos bienes.»

Los legisladores—continuó Juan Prolo—podían tener buenas razones; en efecto: entonces todos eran propietarios, casi todos lo son en el día, y los que no lo son por el momento no tardan en serlo, y decretaron que tenían el derecho de ser propietarios. Ni más ni menos.

—Sí, ya sé que no todo es perfecto, respondió el propietario, y que se pueden criticar muchas cosas; pero se necesitan leyes para que reine el orden en la sociedad y es necesario someterse a ellas.

—Eso mismo decía Pascal, aunque declarando que toda ley es arbitraria. Usted debe saber que ningún europeo sería propietario en China, ateniéndose a las leyes chinas, las cuales les prohibían la entrada en aquel país. Pero aparte de eso, ¿está usted seguro que no debe su fortuna a un revolucionario, a uno de los que destruyeron las leyes de su tiempo en lugar de someterse a ellas? Por ejemplo, en Francia, en 1792 y 1793, los burgueses se apoderaron, unas veces directamente como vulgares desbaliadores, de los bienes de la nobleza y del clero, otras veces declarando esos bienes propiedad del Estado y comprándolos después a vil precio. Hay